

DON JORGE HOLGUIN

EL HOMBRE — EL HOMBRE DE
MUNDO Y EL HOMBRE DE
ESTADO

"En esta nación valiente y orgullosa, tan fácil es pasar del desierro al solio, como del solio a la barra del Senado."

En un día grande para la historia republicana, don Julio Arboleda pronunció estas palabras lapidarias al dar posesión al presidente Mallarino. Unidos radicales y conservadores habían hecho guerra sangrienta a Melo y a Obando, traidores a las instituciones juradas por los dos caudillos.

Parece que don Jorge Holguín, muy niño en aquellos tiempos, hubiera tomado desde entonces, como motivo de

Continúa en la quinta página.

JORGE HOLGUIN

Continuación de la primera página.

reflexión, aquella frase dirigida por quien había de ser el abuelo de sus hijos, a su tío, el ilustre presidente de la conciliación nacional en 1855.

Porque don Jorge Holguín fue, ante todo y en todos los momentos, un repúblico. Pésele a ciertas apariencias. Nunca dejó de ser un hombre humilde, profundamente bondadoso y humano. Consideró el triunfo de sus ideas y el de los hombres de su partido, no como un fin sino como medios de servir a la patria. Influyó en la vida nacional, y ejerció el poder, según quienes lo vieron de cerca, con la sencillez que no tienen nunca ministros por casualidad y mangoneadores de baja estofa. En la cárcel política que sufrió dos veces, en el destierro que sufrió una vez, se sintió el mismo que al ejercer tres veces el gobierno, con moderación y elegancia, ejemplares. Su cortesía para con grandes y pequeños no sólo era una de sus armas políticas. Era virtud sustancialísima en don Jorge Holguín. Procedía de su concepto de humanidad profundamente cristiano y generoso que inspiraba los actos de su vida. Era cortés, amable con todas las gentes, porque para él todos los seres humanos merecían profundo respeto. "El político más fino" estaba dominado en D. Jorge Holguín, por el caballero más perfecto.

En estas tierras tropicales donde falta la mesura y el tacto, "la belle mesure française" que admiraba don Jorge, y donde la democracia para muchos significa vulgaridad, desatino, desorden y grosería, don Jorge Holguín fue siempre lo que muchos no logran jamás. En todos los momentos un gran señor. Ante su muerte podemos parodiar una frase célebre diciendo: Se van quemando las corbatas blancas.

A su lado tenía don Jorge durante sus últimos años dos libros que fueron siempre sus favoritos. La Biblia y el "Quijote". Alternaba el libro sagrado con el profano, y con otros modernos. Hace dos años leía con deleite y comentaba la vida del Duque de Morny, por Marcel Boulanger recién aparecida. En los últimos meses se sintió cautivado por el D'Israeli que nos pinta André Maurois. Glosaba

ser para don Jorge. En el conductor de hombres y personaje mundano, que fue el hermano de Napoleón III, en el estadista genial que ironiza en sus discursos y en sus cartas a la reina Victoria y le daba la corona de los mares con el Canal de Suez y el imperio de las Indias, debió topar caracteres muy simpáticos, el hombre de mundo y el estadista que fue don Jorge. Tal vez el mismo "penchant" de su espíritu, lo llevaba entre los políticos franceses a la mayor admiración por Deschanel y por Briand, y le hizo estrechar con Arthur Meyer el director del "Gaulois" una amistad que el publicista francés recordaba hace pocos años en París a los colombianos que lo veían.

En las repúblicas hay apellidos que traen consigo reproches. Surge con ellos la palabra "dinastía". Y ella no se compadece con los ideales democráticos. Los Errázuriz en Chile, los Pardos en el Perú, los Monagas de Venezuela. Tántos otros podrían citarse... Contra ellos surgen los Alessandris, los Leuguías y los Irigoyen.

En Colombia, fuera de algunos pequeños "clanes" departamentales, se habló de los Mosqueras, de los Pérez, después los Holguín. El segundo de los presidentes Holguín, era sobrino del presidente Mallarino, yerno de Julio Arboleda, hermano del presidente Carlos Holguín, cuñado a su vez del señor Caro, sobrino político de los Mosqueras, pariente político del último dictador, de quien fue sucesor y a quien guardó las espaldas hidalgamente.

Sin embargo, bien estudiadas las cosas, nadie tuvo menos que el general Holguín las características de los jefes dinásticos en los países americanos.

Atrás está dicho. No tenía ni orgullo ni soberbia. No ocultaba sus aspiraciones ni las sostenía con violencia, ni torcidamente en nombre del bien público, tomado a la manera de monopolio por ciertos ambiciosos. Antes al contrario, hablaba jovialmente de sus anhelos de gobierno, nunca fenecidos, para decir la verdad.

—A mí me gusta ir al congreso y ser presidente, como a otros les gusta tocar música de cuerda le dijo en cierta ocasión a un periodista, y no de manera confidencial, pues a los periodistas no les hace confidencias ningún hombre público, mayor de edad y vecino de Bogotá.

¿No es simpático un rasgo semejante, cuando hay hombres que aspiran a todo, intrigan para todo, pero sienten pudor de confesar las aspiraciones que los extraños les conocen?

Sabido es el rasgo de don Jorge, cuando el general González Valencia le mandó pedir prestada la banda presidencial para posesionarse: la envió a su vecino de enfrente con una razón que debió sorprender al caudillo noroesteño.

—Díganle a Ramón que le presto la banda, pero que la cuide mucho pues tengo el presentimiento de que volverá a servirme antes de pocos años...

Pero, el general Holguín no buscó jamás el poder por medios violentos. Nadie negará que fue leal como pocos en política. Para los presidentes Restrepo, Concha y Suárez, tener a don Jorge como designado era vivir seguros. Sin cuidarse de aquellos golpes de cuartel infamantes que perturban con frecuencia la vida civil de ciertas

poderes si se comprometía a impedir la vuelta del general Reyes al país. En nombre de la constitución y de la amistad se negó don Jorge al pacto, y abandonó la presidencia.

Pero el político esencialmente humano y comprensivo que fue el varón cuya muerté deplora el gobierno nacional en bellissimo decreto, no pensó nunca, como muchos otros, que todas las cosas se le debían de pleno derecho. Se juzgaba, por el contrario, deudor de la república, de su partido y de sus amigos. Amigo del alma de Núñez, en cuya obra regeneradora fue factor incomparable, entendía toda empresa política como una labor de solidaridad y de consecuencia. Su gran corazón y su admirable sentido político, lo llevaban a ser leal con sus amigos. Aspiraba a gobernar, pero aceptaba que todos pudieran aspirar. Y cuando no podía realizar las aspiraciones de alguien, las rechazaba con un tacto que no mortificaba el amor propio de nadie y antes bien, fortalecía la adhesión de los amigos no satisfechos.

Recordamos un incidente ocurrido en la cámara de 1925.

Defendía don Jorge los fueros del parlamento ofendidos injustamente.

Se mostraba hostil a un empréstito descabellado en aquellos momentos y declaró que los congresos siempre habían sido en Colombia los mejores auxiliares de los gobiernos y los servidores más seguros del país. Un diputado pidió al general permiso para dejar en el acta constancia de esas palabras, advirtiéndole que tenían "especial valor por venir de un ciudadano que había sido tres veces presidente y podía volver a serlo por cuarta vez."

Don Jorge se incorporó y habló así: "Que Dios oiga al honorable representante X, sobre mi vuelta a la presidencia. Nadie me puede decir cosa más agradable."

Y al terminar la sesión, como se hablara sobre la cuarta presidencia de don Jorge, le dijo al interpelante de la constancia, dirigiéndose a un grupo de colegas.

—Ustedes saben por qué es tan partidario X de mi cuarta presidencia?

—Porque usted ha dejado buenos re

nunció estas palabras laudarias al dar posesión al presidente Mallarino. Unidos radicales y conservadores habían hecho guerra sangrienta a Melo y a Obando, traidores a las instituciones juradas por los dos caudillos.

Parece que don Jorge Holguín, muy niño en aquellos tiempos, hubiera tomado desde entonces, como motivo de

Continúa en la quinta página.

JORGE HOLGUÍN

Continuación de la primera página.

reflexión, aquella frase dirigida por quien había de ser el abuelo de sus hijos, a su tío, el ilustre presidente de la conciliación nacional en 1855.

Porque don Jorge Holguín fue, ante todo y en todos los momentos, un repúblico. Pésele a ciertas apariencias. Nunca dejó de ser un hombre humilde, profundamente bondadoso y humano. Consideró el triunfo de sus ideas y el de los hombres de su partido, no como un fin sino como medios de servir a la patria. Influyó en la vida nacional, y ejerció el poder, según quienes lo vieron de cerca, con la sencillez que no tienen nunca ministros por casualidad y mangoneadores de baja estofa. En la cárcel política que sufrió dos veces, en el destierro que sufrió una vez, se sintió el mismo que al ejercer tres veces el gobierno, con moderación y elegancia ejemplares. Su cortesía para con grandes y pequeños no sólo era una de sus armas políticas. Era virtud sustancialísima en don Jorge Holguín. Procedía de su concepto de humanidad profundamente cristiano y generoso que inspiraba los actos de su vida. Era cortés, amable con todas las gentes, porque para él todos los seres humanos merecían profundo respeto. "El político más fino" estaba dominado en D. Jorge Holguín, por el caballero más perfecto.

En estas tierras tropicales donde falta la medida y el tacto, "la belle mesure française" que admiraba don Jorge, y donde la democracia para muchos significa vulgaridad, desatino, desorden y grosería, don Jorge Holguín fue siempre lo que muchos no logran jamás. En todos los momentos un gran señor. Ante su muerte podemos parodiar una frase célebre diciendo: Se van quemando las corbatas blancas.

A su lado tenía don Jorge durante sus últimos años dos libros que fueron siempre sus favoritos. La Biblia y el "Quijote". Alternaba el libro sagrado con el profano, y con otros modernos. Hace dos años leía con deleite y comentaba la vida del Duque de Morny, por Marcel Boulanger recién aparecida. En los últimos meses se sintió cautivado por el D'Israeli que nos pinta André Maurois. Glosaba rasgos de Morny en alguna ocasión delante de algunos de los muchos amigos que iban de cuando en cuando a visitar al enfermo y a gozar oyéndolo horas tras horas. Evocaba la personalidad del gran señor y político del último golpe de estado francés, cuya muerte, según Boulanger, privó al Emperador de su mejor consejero, y permitió errores que lo llevaron a Sedán... Confesaba que la vida de Morny y la de D'Israeli, eran los libros más agradables que había leído en las últimas épocas. ¿Agradables? Sí, lo debieron

cordaba hace pocos años en París a los colombianos que lo veían.

En las repúblicas hay apellidos que traen consigo reproches. Surge con ellos la palabra "dinastía". Y ella no se complace con los ideales democráticos. Los Errázuriz en Chile, los Pardos en el Perú, los Monagas de Venezuela. Tantos otros podrían citarse... Contra ellos surgen los Alessandris, los Leguías y los Irigoyen.

En Colombia, fuera de algunos pequeños "clanes" departamentales, se habló de los Mosqueras, de los Pérez, después los Holguín. El segundo de los presidentes Holguín, era sobrino del presidente Mallarino, yerno de Julio Arboleda, hermano del presidente Carlos Holguín, cuñado a su vez del señor Caro, sobrino político de los Mosqueras, pariente político del último dictador, de quien fue sucesor y a quien guardó las espaldas hidalgamente.

Sin embargo, bien estudiadas las cosas, nadie tuvo menos que el general Holguín las características de los jefes dinásticos en los países americanos.

Atrás está dicho. No tenía ni orgullo ni soberbia. No ocultaba sus aspiraciones ni las sostenía con violencia, ni torcidamente en nombre del bien público, tomado a la manera de monopolio por ciertos ambiciosos. Antes al contrario, hablaba jovialmente de sus anhelos de gobierno, nunca fenecidos, para decir la verdad.

—A mí me gusta ir al congreso y ser presidente, como a otros les gusta tocar música de cuerda le dijo en cierta ocasión a un periodista, y no de manera confidencial, pues a los periodistas no les hace confidencias ningún hombre público, mayor de edad y vecino de Bogotá.

¿No es simpático un rasgo semejante, cuando hay hombres que aspiran a todo, intrigan para todo, pero sienten pudor de confesar las aspiraciones que los extraños les conocen?

Sabido es el rasgo de don Jorge, cuando el general González Valencia le mandó pedir prestada la banda presidencial para posesionarse: la envió a su vecino de enfrente con una razón que debió sorprender al caudillo norteño.

—Díganle a Ramón que le presto la banda, pero que la cuide mucho pues tengo el presentimiento de que volverá a servirme antes de pocos años...

Pero, el general Holguín no buscó jamás el poder por medios violentos. Nadie negará que fue leal como pocos en política. Para los presidentes Restrepo, Concha y Suárez, tener a don Jorge como designado era vivir seguros. Sin cuidarse de aquellos golpes de cuartel infamantes que perturban con frecuencia la vida civil de ciertas naciones hermanas.

Y no se conformaba con llegar de manera decorosa y en momentos graves, como llegó tres veces a la presidencia. Sus ambiciones morían donde lo exigía la lealtad. Tal sucedió en 1909, cuando los tres jefes del movi-

miento republicano, los señores, Nicolás Esguerra, Carmelo Arango y Quintero Calderón, omnipotentes en las cámaras, le ofrecieron una prórroga de

cuya obra regeneradora fue factor incomparable, entendida toda empresa política como una labor de solidaridad y de consecuencia. Su gran corazón y su admirable sentido político, lo llevaban a ser leal con sus amigos. Aspiraba a gobernar, pero aceptaba que todos pudieran aspirar. Y cuando no podía realzar las aspiraciones de alguien, las rechazaba con un tacto que no mortificaba el amor propio de nadie y antes bien, fortalecía la adhesión de los amigos no satisfechos.

Recordamos un incidente ocurrido en la cámara de 1925.

Defendía don Jorge los fueros del parlamento ofendidos injustamente.

Se mostraba hostil a un empréstito descabellado en aquellos momentos y declaró que los congresos si hubieran sido en Colombia los mejores auxiliares de los gobiernos y los servidores más seguros del país. Un diputado pidió al general permiso para dejar en el acta constancia de esas palabras, advirtiéndole que tenían "especial valor por venir de un ciudadano que había sido tres veces presidente y podía volver a serlo por cuarta vez."

Don Jorge se incorporó y habló así: "Que Dios oiga al honorable representante X, sobre mi vuelta a la presidencia. Nadie me puede decir cosa más agradable."

Y al terminar la sesión, como se hablara sobre la cuarta presidencia de don Jorge, le dijo al interpelante de la constancia, dirigiéndose a un grupo de colegas.

—Ustedes saben por qué es tan partidario X de mi cuarta presidencia?

—Porque usted ha dejado buenos re

cuerdos en las tres anteriores general...

—Y además por otra razón, insistió don Jorge. Porque X sabe muy bien que yo lo nombraré ministro de relaciones exteriores...

Y al tocar el fervor de don Jorge Holguín por el parlamento, llegamos a la sustancia de su personalidad política, donde radicaba su temperamento republicano.

Contra los parlamentos se ha dicho bastantes desatinos en los últimos tiempos, aunque no se tiene inventado un modo de sustituir a los delegados deliberantes de los pueblos sin caer en la dictadura. Ni se recuerda la frase de Cavour cuando declaraba "que la peor de las cámaras era más benéfica que la más virtuosa de las camarillas."

Muchos "snobs" y algunos idiotas que discurren sobre derecho público sin conocer el A-B-C de la materia, declaran que el ideal de buen gobierno sería entre nosotros un dictador. Los generales Gómez y Calles y el patán comediante del Palazzo Chigi, tienen sus devotos en esta tierra de Santander y de Núñez.

En contra de todos ellos se vio siempre el alma republicana del general Holguín. Cuando fue necesaria la mano fuerte para mantener el orden público, su autoridad no vaciló. Así se le vio prevenir y retardar una guerra de tres años en 1899, cuando arrestó a Uribe Uribe y a otros cabecillas a quienes puso en libertad y dejó partir a dirigir la revolución un ministro débil.

Pero el sostenedor de la autoridad y del orden, anduvo de brazo en don Jorge con el amante de las libertades públicas. En el senado de 1898, contra muchos hombres de su partido, combatió la ley de facultades extraordinarias.

Don Jorge Holguín no tuvo pretensiones de literato. Sin embargo podría formarse con sus artículos y sus discursos volúmenes interesantes para la historia política del país. Fuera de su libro "Desde cerca", sobre asuntos fiscales, dejó algunos opúsculos en que

trató cuestiones económicas.

Su voz, con el sello de la experiencia y de la discreción fue generalmente escuchada... Muchas sesiones de nuestros congresos, muchos momentos de la política no fueron dominados por la violencia tropical gracias a alguna intervención oportuna del señor Holguín.

Fue el más afortunado de nuestros hombres de gobierno. Gobernó con un tacto exquisito en épocas difíciles. Su política fina calmó las pasiones encontradas. Después de Reyes y después de Suárez otro nombre menos sereno y menos ductil que el general Holguín no habría salido tan airoso como don Jorge. Tuvo la fortuna de finalizar en su gobierno dos pactos trascendentales. El tratado Urrutia-Thompson canjeado bajo su último gobierno abrió la etapa de la mejor armonía con una gran república y abrió las puertas a la prosperidad nacional. Con patriotismo y sin pruritos de amor propio, continuó don Jorge las negociaciones para un arreglo directo con el Perú, que iniciaron los señores Suárez y García Ortiz. Gracias al criterio elevado del presidente Holguín, se cerró en 1922 la primera etapa del tratado Lezano-Salomón.

Alberto VELEZ CALVO